

Reseñas

ANCIENT FICTION. THE NOVEL IN THE GRAECO-ROMAN WORLD. G. Anderson. London, 1984, VII+ 248 pp.

La tesis central del libro que nos ocupa es que la novela antigua, griega y romana, remonta a fuentes orientales, por una parte, y de carácter folklórico, por otra. Contra la teoría de la invención consciente por parte del autor y las necesidades de un público lector, esgrimida por Perry en 1967, propone hablar de «desarrollo» de relatos de Próximo Oriente, románticos, de los que existirían versiones orales. El medio para el nacimiento del género en Grecia sería la traducción, como ya propuso Barns en 1956, al notar que existían versiones coptas del *Sueño de Nectanebo* y la novela de *Tefnut*, y como se desprende de una nota marginal sobre el origen oriental de las *Babilónicas* de Jámblico (p. 26). Por tanto, los autores griegos no inventarían nada, sino que heredarían «elementos» que adaptarían a su propio ambiente, cada uno con un propósito distinto. Ese material romántico oriental estaba también en la épica helenística, Comedia Nueva, retórica, relatos de historiografía oriental, o literatura didáctica como la *Ciropedia*, y de él no es fácil diferenciar la novela (p. 38).

Para demostrar su tesis, el autor va comparando episodios aislados de las distintas novelas con otros que se le parecen, sumerios sobre todo. Así, establece paralelos entre *Dafnis y Cloe* y el *Sueño de Dumuzi*, o *Quéreas y Calíroo* y *Enlil y Ninlil*, o *Leucipe y Clitofonte* y un himno sumerio, y así sucesivamente con episodios de las *Etiópicas*, el *Satiricón* o el *Asno*. También el estilo podría tener origen oriental (cf. p. 60, n. 65). La retórica de los novelistas tendría una dimensión didáctica de tradición sapiencial, y serviría como vehículo para auténtica propaganda religiosa, como se deduce, según Anderson, de sus antecedentes míticos orientales, tomados en serio por Jenofonte de Efeso, y con mayor ambigüedad y descreencia por parte de Caritón, Longo y Heliodoro. Jenofonte de Efeso y Longo representarían dos polos opuestos por lo que a adaptación de material oriental folklórico se refiere, componiéndolo todo mal el primero y estupendamente el segundo. Insiste en la importancia del folktale, aduciendo paralelos no sólo del segundo o tercer milenios antes de Cristo, sino también de textos medievales, sánscritos, persas o árabes. Incluso nombres como Asclito y Encolpio son parlantes y remontan, respectivamente, a los sumerios Shukalle-

tuda y Enkullab (p. 228, n. 4). Anderson, pues, cree resolver así la debatida cuestión de los orígenes de la novela. Pero, ¿lo consigue?

Ya hemos visto que la idea de un origen oriental no es nueva, pues la propusieron Barns en 1956, Lacôte en 1911, y, mucho antes, Huet en 1670. El problema está en que los paralelos que presenta Anderson no convencen en absoluto, y decir que la Novela empieza en Sumer, como la Historia, no ayuda en nada al problema filológico.

Desdiciéndose a sí mismo respecto a anteriores opiniones (cf. p. 208, n. 3) y a sus propios presupuestos básicos en libros anteriores sobre Luciano, en donde aboga por la libre invención de éste frente a la teoría, sólida y rigurosa, de Bompaire, el autor parece que ha quedado obnubilado por la lectura de los textos sumerios y acadios, y se ha lanzado a aducir paralelos, más que dudosos en la mayoría de los casos, para provocar la *admiratio* del lector. Y hay que decir que lo consigue, aunque no del modo que él pretende.

No se le pueden negar imaginación y erudición: en efecto, maneja fuentes de todas las épocas, y con profusión. Pero la principal crítica que puede objetársele a Anderson es de carácter metodológico. En primer lugar, no parece procedente citar como testimonios pasajes de *Las Mil y Una Noches*, pues es un hecho que la novela griega se halla entre sus fuentes (cf. T. Hägg, «The Oriental reception of Greek novels», *SO* 61 (1986) 114 ss.). En segundo lugar, hay que admitir que algo de razón lleva Anderson, pues la universalidad del folklore es un hecho generalmente admitido, y por eso no es de extrañar que existan eventuales semejanzas entre ciertos episodios novelescos y determinados relatos orientales, pero, si ése fuera el origen de aquellos, sería tan remoto que no existiría conciencia alguna por parte de los novelistas de época imperial, y de un carácter tan general que no sería significativo para el género. Estamos de acuerdo en subrayar la importancia del folktale, y así lo hemos manifestado en otros lugares (cf. *SPhS* 5 (1981) 287-301; *Fabula* 22 (1981) 228-38; *CFC* 18 (1983-1984) 292-334), pero, para poder hablar de auténticos modelos, como hace Anderson, es preciso hablar de estructuras compositivas similares, no de elementos aislados, atomizados. Efectivamente pudieron existir versiones orales previas de las novelas, o de algunas de ellas, las más antiguas sobre todo, que son las que más nos interesan para la cuestión de los orígenes, pero no es necesario salirse de la tradición griega para buscarlas, aunque aparezcan paralelos en otras partes del mundo; por lo menos no lo es para las obras de Caritón y Jenofonte (cf. S. Trenkner, *The Greek Novella in the Classical Period*, Cambridge 1958), y está por demostrar que las historias de *Nectanebo* o *Tefnut* sean similares a las de estos dos autores. Y del carácter oriental del material de las *Babiloniacas* no deben extraerse conclusiones sobre los orígenes de todo el género, sino, más bien, de la vinculación de esta novela con relatos locales. Ya Lavagnini estudió la importancia de ese tipo de relatos para los orígenes de la novela dentro de la tradición griega en 1921. Y fuera de Grecia, si hay un país que pudo ser significativo para el nacimiento del género es Egipto, no Babilonia.

Con todo, la importancia del folklore es mayor de lo que el propio Anderson cree, y, así, falla a la hora de reconocer el carácter marcadamente popular del

material de las *Efesíacas*, y de ahí que no se explique su peculiar composición. El origen folklórico del *Asno* está también bien documentado, y Scobie lo ha señalado repetidamente, pero que remonte a la misma fuente que el *Satiricón*, como propone el autor en p. 211 ss., no se ve claro, aunque sí parece que ambas obras poseen la misma estructura compositiva. Igualmente está bien probado el origen folklórico de la historia de Amor y Psique de las *Metamorfosis* de Apuleyo, como estudiaron, desde diferentes perspectivas, Swahn en 1955 y Mantero en 1973, que el autor no cita.

En conclusión, recomendamos al autor mayor prudencia en las comparaciones del material y mayor rigor científico en su metodología.

C. Ruiz Montero

MEDIEVAL SCIENCE AND TECHNOLOGY. A SELECTED, ANNOTATED BIBLIOGRAPHY. Claudia Kren. *Bibliographies of the History of Science and Technology 11.* Garland Publishing, Inc. New York and London 1985, 369 pp.

Tenemos en consideración en este trabajo un primer auxilio para quien se adentra a estudiar alguna parcela en el amplio campo que cubre el tema de esta bibliografía selecta y anotada, llevada a cabo por Claudia Kren. Cubriendo un período cronológico extenso la información ha quedado agrupada por su temática en secciones y subsecciones de las diferentes ciencias que se incluyen y las áreas que se relacionan con ellas.

Estas secciones son las siguientes: Auxiliares generales para la investigación; Tradición enciclopédica medieval en su concepto amplio; Física (excluida la óptica) y Filosofía natural anterior al siglo XIV; Filosofía natural del siglo XIV; Astronomía y Cosmología; Filosofía y Metafísica; Geometría, Geometría práctica, Proporciones, Secciones cónicas y Trigonometría; Medicina; Psicología; Educación: Escuelas y Universidades; «Cuasiciencias» (Pseudociencias); Trabajos sobre manuscritos. En cada una de estas secciones, de modo general, hay tres apartados más importantes: Ediciones de textos medievales; Ediciones modernas de las traducciones medievales de las fuentes importantes de la ciencia y filosofía medieval y un tercero sobre la bibliografía de trabajos modernos de cada una de las materias.

Con todo cada estudioso en el campo que mejor conozca es posible que pueda señalar la ausencia de algunas obras o estudios que tienen importancia precisa en ese campo. En ese sentido, por ejemplo, en el campo del cómputo medieval parecen pobres las referencias a sólo tres estudios de A. Cordoliani, pasando ampliamente de la treintena los que se pueden señalar. O, en otro caso, para el estudio de la ciencia en la España medieval apenas sí encontramos las obligadas referencias a J. M. Millas Vallicrosa, pero ninguna a Juan Vernet, o a Julio Samsó, o a Luis García Ballester, por sólo citar a algunos de los estudiosos más conocidos, y dejando de lado cuanto se está haciendo por parte de sus discípulos.

Diremos, con todo, que dentro de la colección en que esta recopilación bibliográfica está inserta cubre cumplidamente los límites propuestos de una primera aproximación a los distintos temas con comentarios ajustados y referencias útiles.

DE MULIERUM AFFECTIBUS, del CORPUS HIPPOCRATICUM. Manuel Enrique Vázquez Buján. Estudio y edición crítica de la antigua traducción latina. Universidad de Santiago de Compostela. 1986, 166 pp.

La «perspectiva filológica», que paulatinamente se abre paso en el estudio y edición de los textos de la «literatura técnica» de la literatura latina, tiene una ocasión propicia para congratularse y un ejemplo a tener en cuenta con la aparición del estudio y edición del *De mulierum affectibus* que presenta Manuel Enrique Vázquez Buján en el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago.

Tenemos en este trabajo un ejemplo completo y verdaderamente pormenorizado de lo que el propio editor llama un estudio de Historia de la Tradición del texto pseudohipocrático en orden a definir con la mayor claridad y precisión posibles la posición del actual texto latino, tal como se nos ha transmitido con respecto al texto griego originariamente traducido. Su aparición es sobradamente procedente y queda ampliamente justificada por sus propios avances frente a la orientación y la problemática de las ediciones inmediatamente anteriores de H. Grensemann (1982) y de I. Mazzini-G. Flammini (1983).

Se plantea esta presente edición y estudio del texto desde nuevas perspectivas y propuestas de edición e interpretación de diversos pasajes, deducidas de modo diáfano y evidente del riguroso análisis de los manuscritos y de los procedimientos de traducción y transmisión, peculiares de los textos técnicos en general y médicos más en particular, aspectos en los que había profundizado el autor con anterioridad en otros trabajos.

El capítulo 2 dedicado a detectar el cúmulo de procesos sobrevenidos al texto latino se nos muestra como un modelo de total exactitud y capacidad crítica en la detección de errores de traducción, supresiones, adiciones y reelaboraciones del texto a partir de la primera versión del texto griego y los cambios introducidos hasta llegar al texto latino editado.

El capítulo 3 sitúa el *De mulierum affectibus* en la justa perspectiva de cómo

y por qué pudo ser traducido al latín y en el ambiente y entorno cultural en que ello pudo producirse. Podría entenderse como un texto del Norte de Africa llegado al Sur de Italia donde sufriría las mutaciones y elaboraciones que le llevan al estado en que nos es conocido. Sigue a continuación el estudio y criterios seguidos para la edición a partir de un análisis exhaustivo de los manuscritos de París y Leningrado desde el punto de vista de su contenido, aspectos codicológicos y paleográficos, así como de sus mutuas relaciones y con el arquetipo.

El texto con su aparato crítico, enriquecido con una gran carga de comparaciones con contextos de obras médicas, de sugerencias y nuevas propuestas, aunque tipográficamente incómodo de manejar sin duda por mor del ahorro económico, constituyen la aportación genuina de esta edición del *De mulierum affectibus*, que se completa además con una traducción castellana ajustada y plena de aciertos léxicos, aunque se haya deslizado algún error, creemos que lapsus de impresión, como la «salida» por «saliva» en 11, 4, de p. 145.

Dejemos constancia del inmejorable trabajo que se nos ofrece superando anteriores ediciones del texto, con una última consideración respecto a la escasa atención al contenido científico del texto, ya que sin duda también todo esfuerzo en esos aspectos, en ocasiones en un trabajo pluridisciplinar si es preciso, da ocasión a una mayor comprensión del texto en el posible lector.

Tenemos en la presente edición una excelente muestra de esmero y buen hacer filológico aplicado a textos que precisaban de este difícil arte y saber de los filólogos clásicos para su correcta edición crítica.

José Martínez Gázquez

POMPONII MELAE 'DE CHOROGRAPHIA' LIBRI TRES. Introduzione, edizione critica e commento a cura di Piergiorgio Parroni. Storia e Lett. Raccolta di studi e testi CLX Roma Ed. di Storia e Lett. 1984, 470 pp., 2 índices.

La dilatada y fructífera investigación de P. Parroni sobre la obra del hispano Pomponio Mela (cf. «Per il testo e l'esegesi della Chorographia di Pomponio Mela» *R.F.I.C.* 103, 1975, pp. 157-182; «Il contributo dei codici umanistici al testo di Pomponio Mela» *R.F.I.C.* 107, 1979, pp. 157-179; «Animadversiones in Pomponium Melam» *R.F.I.C.* 1981, pp. 424-432) tiene su culminación en el presente trabajo.

Parroni estructura su obra en tres bloques: Introducción, Edición y Comentario.

En la Introducción (pp. 15-108) el autor aborda la problemática respecto a la época de composición de la *Chorographia* y el proyecto de una «*Chorographia maior*». Expone la estructura y caracteres de la obra, así como sus fuentes y supervivencia, tratando brevemente de la lengua y el estilo (pp. 51-53) de Pomponio Mela, pues le relevan de más atención, en este aspecto, los trabajos de Zimmermann, Oertel, Havet y Folmer y a ellos remite. Es, sin duda, en el epígrafe VI: El *Vat. Lat.* 4929 y su descendencia donde el autor italiano ha investigado y recopilado muy seriamente la proliferación de manuscritos en la edad humanística. En el siguiente epígrafe: Ediciones, comentarios... (pp. 83-95) Parroni ofrece un panorama de las ediciones, etc., existentes sobre la *Chorographia* desde la *editio princeps* (1471) a la postrera de G. Ranstrand (1971). Cierra este bloque introductorio unas condiciones sobre las características de la presente edición basada «anzitutto su un nuovo esame del *Vat. Lat.* 4929» del s. IX², cabeza reconocida de toda la transmisión posterior.

La edición *s.s.* de la *Chorographia* (pp. 110-172) registra una normalización ortográfica ofreciendo las formas asimiladas frente a las disimiladas (aff<adf; all<adl; ann<adn; app<adp; ass<ads; ill<inm; irr<inr ...) presentes en las anteriores ediciones (Frick, 1968=1880; Ranstrand, 1971). Estas formas fueron co-

regidas en el *Vat. Lat.*, 4929 por alguien que Billanovich (1958) ha identificado con Heiric d'Auxerre. Hay que resaltar la oportunidad y la claridad del aparato crítico en el que Parroni adscribe cada lectura huyendo de la anonimidad de una sigla (*x=codices aut omnes aut plerique*) que habían utilizado los editores anteriores.

El comentario (pp. 175-441) aspira según el autor «a mettere lo studioso nelle condizioni di orientarsi rapidamente sul passo da lui consultato». Parroni ofrece los lugares paralelos (acertadamente citados e incluyendo el texto) de forma exhaustiva; señala las diferencias ortográficas en cuanto a los nombres propios que aparecen en otros autores; indica las formas no atestiguadas; también incluye los razonamientos por los que los humanistas y comentaristas de esta obra apoyaron tal lectura por él aceptada. Asimismo ofrece pertinentes comentarios sintácticos, estilísticos, etc., con exacta referencia de la fuente aunque el peso del comentario está dirigido, como queda dicho, al estudio toponímico.

Cierran este estudio dos utilísimos índices, uno de nombres propios y otro analítico de la Introducción y el Comentario.

Pocas objeciones pueden ponerse al serio y cuidado trabajo de P. Parroni. Señalaremos en la Introducción (epígrafe VII) que, quizás, debiera haber incluido la edición de la *Chorographia* de 1482 (Anónimo de Valencia), hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, por ser junto a la de F. Núñez de la Yerba (1498) de las escasas editadas en el siglo XV. Más lamentable es que no haya podido trabajar, por haberle resultado inaccesible, con el comentario de S. Münster a la edición de Basilea (1538) que se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Murcia y que contiene (*cf.* Graesse, 1950 p. 401) los primeros mapas explicativos del texto de Mela. No es correcta la datación de la edición de El Brocense en 1598 (p. 84) puesto que es una reimpresión de la de 1574 (también se encuentra en la Biblioteca Nacional).

Respecto a la edición de la *Chorographia* junto a indudables aciertos (I. 29 *tum add.*; I. 91 *Idaei. is*; II. 3 *Chersonesus*; II. 68 *Croton*; II. 71 *Circei*; III. 80 *Myos hormon*) puede discutirse alguna lectura: I. 89 *Thermodon*; II. 94 *Murgi... Murgitanum*; *Hex*; II. 124 *Iamo*; III. 96 *Hesperioe*; III. 107 *Lixo... Lixos*, etc. El completo aparato crítico que la acompaña no está exento de algún mínimo *lapsus*: en I. 89 *Clazomenae* asignado a Vinetus (1572) es conjetura de Pinciano (1543); en I. 91 Parroni conjetura *Cisthena* como lectura propia y estaba ya en Pinciano que lo estableció sobre lugares paralelos de Estrabón (XIII, 606) y Plinio (V, 122); en I. 110 *qua* que asigna a Frick es erróneo; en I. 116 *Gelonon* que atribuye a Tzschucke (1806-7) es conjetura de Pinciano que se apoya en Heródoto (IV, 21) para todo el pasaje; en III, 60 *notissimum* asignado a Escoto (1582) es conjetura de El Brocense (1574); en III, 79 *cognomine* se lo atribuye el autor italiano y está en el texto de Pinciano.

Sobre el Comentario creemos que Parroni ha realizado un ingente esfuerzo en este apartado ofreciendo los lugares paralelos (no le resta mérito el que estuvieran señalados anteriormente: con Heródoto en la edición de Escoto, 1582; con César y Tácito *cf.* Manitius, 1882; con Plinio, Solino y Mart. Capella

en Ranstrand, 1971, etc.) pues su edición conjunta era necesaria. Además el autor, a nuestro juicio, ha aprovechado, aclarado y mejorado el abundante caudal de información de comentaristas anteriores.

En conclusión, la obra de P. Parroni supone un importante paso en el conocimiento de la *Chorographia*, primera geografía latina que se ha conservado.

Carmen Guzmán Arias